

# *Nueva historia de la relación económica entre Chile y Perú (1822-1865). De la Independencia a la Guerra con España*

Lacoste Adunka, Michelle (2021).

Santiago de Chile: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 194 páginas.



Agustina Rayes

Instituto de Investigaciones Políticas, UNSAM-CONICET, Argentina.

Las Relaciones Internacionales han dialogado tradicionalmente con la Historia, en especial cuando las investigaciones son guiadas por alguien con formación en ambas disciplinas. Y el libro que aquí reseño es un ejemplo de ello. La obra, ganadora del premio “Aníbal Pinto Santa Cruz 2017-2018” que otorga la Asociación Chilena de Historia Económica, es fruto de una tesis de maestría en Estudios Internacionales que Michelle Lacoste Adunka defendió en la Universidad de Santiago de Chile tras obtener el grado en Historia por la Universidad Nacional de Cuyo.

El recorrido profesional de la autora se advierte en los principales aportes de una pesquisa que analiza las relaciones diplomáticas, comerciales y financieras entre Chile y Perú desde 1822, cuando el primero reconoció al segundo como país independiente, hasta 1865, fecha escogida para eludir la gesta de la Guerra del Pacífico de 1879. De hecho, una de las contribuciones consiste en recuperar la dimensión de la cooperación en la génesis de un vínculo que ha sido retratado habitualmente desde la perspectiva del conflicto, en parte por el derrotero post-independentista, pleno de disputas fronterizas entre estados vecinos, y en parte, también, por el menor interés de la historiografía en otras conexiones del período que no fueran las que los primeros gobiernos independientes latinoamericanos tuvieron con las potencias europeas o con Estados Unidos.

En este sentido, a mi juicio, esta investigación adscribe a una mirada multilateral de las relaciones exteriores en tanto, centrada en un binomio, no deja de aludir al contexto internacional y alumbra sobre vínculos nula o escasamente revisitados. Además, trasciende la fascinación que la opinión pública, probablemente alentada

por la producción académica y viceversa, ha tenido por los antagonismos y las discordias.

Repensar los lazos entre jurisdicciones que habían estado bajo la égida de la metrópolis durante el orden colonial ha sido una línea desarrollada por la historiografía con enfoque regional; no obstante, ha sido generalmente soslayada por aquella que se dedicó a recrear la dinámica diplomática. Este trabajo, que salta esa barrera, demuestra la complementariedad económica y la cooperación política entre gobiernos, diplomáticos, empresarios y comerciantes chilenos y peruanos en un periodo en el que Lacoste Adunka ha probado que, pese a la mutua y latente desconfianza, se consolidó un esquema tendiente a la integración. Así, la trayectoria propuesta plantea menos rupturas que continuidades a partir de la Independencia, proceso que transformó, pero no destruyó, flujos que hundían raíces en el largo plazo.

Para alcanzar las conclusiones referidas, la autora ha combinado una gama de fuentes primarias —compuesta por estadísticas comerciales, memorias diplomáticas, cartas personales e informes de contemporáneos— con los resultados de investigaciones previas a fin de cubrir los vacíos de información que dejaron los documentos revisados. Pero no solo eso. Ella ha aplicado (y reflexionado sobre la utilidad de) distintos conceptos propios de las Relaciones Internacionales, como equilibrio de poder, hegemonía, comunidad de seguridad e idealismo, entre otros. Y, en este sentido, la obra es doblemente valiosa: por la reconstrucción de los hechos y por la interpretación de los mismos.

Un ejemplo de ello es la explicación acerca de la participación que Chile y Perú tuvieron en iniciativas de defensa



del territorio. Mientras los abordajes clásicos las han asociado al “americanismo” de algunos funcionarios, Lacoste Adunka argumenta que fueron inclinaciones pragmáticas, ligadas a la necesidad de mantener ciertos circuitos mercantiles. En este punto, la autora advierte que muchos de aquéllos pudieron quedar reducidos, e incluso invisibilizados, en los registros oficiales aduaneros debido a la existencia de operaciones informales.

La falta de series de datos estadísticos y la dudosa fiabilidad de los disponibles fue salvada metodológicamente con la cuantificación y la clasificación de las menciones que los diplomáticos o funcionarios involucrados hicieron sobre el otro país. Esta estrategia sirvió para observar la intensidad del vínculo desde el prisma de las autoridades y, al mismo tiempo, detectar los momentos de mayor tensión o armonía e indagar por la presencia (o no) de una agenda común.

El libro está dividido en cuatro capítulos. El primero, dedicado al sub-periodo 1822-1835, aborda desde la Independencia política a la integración económica con literatura especializada más que con fuentes primarias. Aquí se reconoce que subyacía cierta tirantez debido a la hegemonía del Callao en el manejo del comercio y que, en ese sentido, el desmembramiento del Imperio español abrió una ventana de oportunidad para Chile toda vez que disputó la preeminencia sobre el Pacífico Sur. La relación entre los nacientes países fue intensa y pragmática, con conciencia de la mutua necesidad y de la conveniencia de colaborar conjuntamente más allá de los recelos, lo cual se alteró con la anexión de Perú a la Confederación con Bolivia.

El segundo capítulo, abocado a la etapa 1836-1839, desanda distintas hipótesis acerca de la guerra entre dicha Confederación y Chile, concluyendo que fue más que una reacción en la disputa por la hegemonía comercial en el Pacífico sudamericano (y la consecuente gravitación del puerto de Valparaíso) y que se trató de

conquistar un rol más importante en la distribución del poder subregional. En este tramo del estudio, Lacoste Adunka apeló a distintos niveles de análisis (los individuos, los grupos subnacionales y los estados), contrastando lo que decían y lo que hacían los actores escogidos para dar cuenta de las relaciones chileno-peruanas.

Luego de la contienda, se reconfiguraron los lazos bilaterales a la luz de las vinculaciones con los principales socios comerciales. Sin embargo, el tercer capítulo, dedicado a 1840-1852, prueba la relevancia recíproca que tuvieron los intercambios mercantiles entre Chile y Perú. Si el segundo representó aproximadamente el 10% de las exportaciones y llegó a significar casi el 16% de las importaciones del primero, este constituyó entre el 7% y el 16% de las exportaciones hacia, y entre el 3% y el 9% de las importaciones desde el segundo. De acuerdo con el planteo de la autora, el contexto internacional influyó. Así, la fiebre del oro en California y el auge del guano peruano no solo inclinaron la balanza en favor del liberalismo comercial, sino que atenuaron la competencia por el papel en el Pacífico meridional. También influyeron los grupos de interés que boicotearon o viabilizaron los diversos proyectos proclives a la firma de acuerdos.

El último capítulo, enfocado en el sub-periodo 1852-1865, explica la consolidación de la relación diplomática entre ambos países, cristalizada no solo en el intercambio de mercancías sino también en los intentos de llevar adelante una política externa (defensiva) común. En efecto, además de probar la complementariedad a partir de los bienes transados –materias primas y alimentos– y de la preeminencia que uno tuvo para el otro en relación con otros socios comerciales de la región, la autora razona sobre la entrada de Chile a la contienda con España por la ocupación de las islas Chinchas peruanas. En todo caso, en esta parte del libro cierra el argumento que lo atraviesa: la cooperación funcionó para ambos países unas décadas antes del enfrentamiento bélico que, de alguna manera, ensombreció la mirada sobre el pasado.

# *¡Virtuosos hijos de esta tierra, al combate!* *La rebelión federal del 1° de diciembre de 1852*

Barcos, María Fernanda (2023).  
Buenos Aires: Teseo, 332 páginas.



Mariano J. Aramburo

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET, Argentina.

En los últimos años la historiografía argentina renovó su interés por la década de 1850. Nuevos enfoques, preguntas y temas permitieron reinterpretarla otorgando una mirada más atenta y compleja de lo allí acontecido.<sup>1</sup> El libro de María Fernanda Barcos *¡Virtuosos hijos de esta tierra, al combate!* se inscribe en esta renovación, poniendo su análisis en la rebelión federal que sitió la ciudad de Buenos Aires entre diciembre de 1852 y julio de 1853, acontecimiento que selló la división entre la Confederación Argentina y Buenos Aires por el transcurso de casi una década.

A lo largo de los ocho capítulos que componen la obra, María Fernanda Barcos discute con las interpretaciones clásicas que analizaron el sitio y —en particular— con las fuentes más utilizadas para ello, las crónicas que casi contemporáneamente narraron el acontecimiento desde la perspectiva de la ciudad sitiada y menospreciaron la rebelión como un simple levantamiento, expresión de la barbarie rural. En oposición a ella, y merced a una enorme labor de archivo, Barcos incorpora y trabaja con una gran cantidad de documentación —donde se destacan las Actas de Representación— lo que le permite incorporar al análisis un mundo rural en toda su diversidad. Del mismo modo, Barcos dialoga con notable lucidez con una amplia y heterogénea historiografía de reciente producción, destacándose en este punto su capacidad para integrar en el análisis los aportes de obras que transitan la historia agraria, la historia social,

la historia de la guerra, la historia política y la historia de los lenguajes y conceptos políticos.

Una característica destacable del texto es que, aunque cada uno de los ocho capítulos aborda un tema y problema en particular, lejos están de ser compartimentos estancos. Por el contrario, cada uno dialoga con los demás, logrando un relato claro y consistente y, al mismo tiempo, ameno. Del mismo modo, el libro apela a una enorme y variada cantidad de fuentes, lo que permite no sólo sostener con fundamentos las hipótesis y preguntas de trabajo de la autora, sino también presentar cuadros y mapas que ilustran sus argumentos. Tanto la interrelación de los capítulos como el trabajo documental se ven acompañados por un notable esfuerzo a la hora de restituir la temporalidad propia de la rebelión, así como las diferentes coyunturas que fue atravesando. En este sentido, tanto la batalla de San Gregorio como el arribo de Justo José de Urquiza a Buenos Aires son presentados como puntos de quiebre que sintetizan las etapas de la rebelión.

En lo que respecta al contenido específico del libro, los primeros tres capítulos se ocupan de analizar los motivos de la rebelión rural, su carácter, así como los mecanismos de legitimidad —directos e indirectos— puestos en práctica. En este sentido, tres elementos merecen especial atención.

En primer lugar, María Fernanda Barcos logra explicar los motivos que dieron lugar al alzamiento de los decembristas —nombre que dieron los contemporáneos a los rebeldes—. Así, como observa en el capítulo 1 “¡Viva la libertad! El día después de Caseros”, los realineamientos políticos tras la batalla de Caseros que permitieron a los otrora enemigos de la provincia ocupar cargos de gobierno, la movilización militar —nunca suprimida

1 Por citar dos ejemplos: Lanteri, Ana Laura (2015). *Se hace camino al andar. Dirigencia e instituciones nacionales en la “Confederación” (Argentina, 1852-1862)*. Rosario: Prohistoria; Eujanian, Alejandro (2015). *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*. Quilmes: Universidad de Quilmes. De reciente aparición, y a modo de síntesis de la renovación para el caso de Buenos Aires: Canedo, Mariana (Coord.) (2023). *Un país para los porteños: la experiencia del Estado de Buenos Aires (1852-1861)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.



del todo tras febrero de 1852— pero impulsada por el gobierno luego de la revolución de septiembre, y una identidad rural fuertemente identificada con el rosismo, supusieron elementos aglutinadores que gestaron el malestar en la campaña, tanto de la población rural como de sus autoridades civiles y militares.

Un segundo aspecto importante es la caracterización que Barcos realiza de lo iniciado en diciembre de 1852. En este sentido, pone el foco de análisis en el pronunciamiento del 1° de diciembre de 1852 en la Guardia de Luján, gracias al cual analiza y detalla con prolijidad a participantes, apoyos y motivaciones de sus protagonistas. Concluye sobre ello que la continuidad de la movilización rural y la inminencia de un nuevo enfrentamiento bélico —ahora entre Buenos Aires y la Confederación Argentina— fueron los principales impulsores del movimiento.

El tercer aspecto al que da importancia son los mecanismos de adhesión en los vecindarios que permitieron mantener en el tiempo la rebelión. En particular, se destaca el tratamiento de las diferentes acciones de apoyo que favorecieron el mantenimiento de la presión reclutadora y el sostén económico a lo largo de los meses que duró el sitio. Estas acciones oscilaron, por su parte, entre la coerción y el consenso.

El resultado del análisis realizado en los primeros tres capítulos queda plasmado en el capítulo 4, “¡Virtuosos hijos de esta tierra, al combate! El sitio a la Ciudad de Buenos Aires”, donde se ocupa de explicar que lo ocurrido no puede ser reductible a un simple episodio militar. Por el contrario, y retomando aportes recientes de la historia de la guerra, concluye que estamos en presencia de una sociedad movilizada por esta o, dicho en otras palabras, un pueblo en armas.

Un aspecto destacable del texto es la incorporación en el análisis de la frontera y las relaciones interétnicas. Aunque este elemento no había sido del todo ignorado por estudios anteriores, Barcos lo reconsidera con el objeto de mostrar la compleja coyuntura que debieron enfrentar los decembristas, en tanto que la permanente amenaza de la frontera sur significó siempre un foco de preocupación y atención tanto material como logística. En este sentido, también incorpora en el análisis los

posicionamientos y estrategias que las parcialidades indígenas desplegaron frente al conflicto.

Un capítulo que merece especial atención es el sexto, “¡Viva la Confederación Argentina! Las armas en reposo”, donde la autora se ocupa de indagar los efectos que tuvo la incorporación del Congreso Constituyente y de Urquiza en el conflicto. Si la primera consecuencia de esto fue la redimensión de la rebelión, no menos importante fueron sus efectos sobre la movilización política, militar y económica de la campaña. En particular, y centrandolo el análisis en las Actas de Representación elaboradas en los vecindarios, Barcos explica que ellas expresaron la opinión de los vecinos sobre la legitimidad de la rebelión, de los representantes en el Poder legislativo provincial y la autoridad de Hilario Lagos, así como de la subordinación del ejército federal al mando de Urquiza.

En suma, si en capítulos anteriores la mirada había estado centrada en explicar la movilización económica y militar, el eje de este capítulo se ubica en la intervención ciudadana expresada en aquellas actas. Estas le permiten a Barcos valorizar la relación vecindad-ciudadanía así como el grado de adhesión al movimiento. Apelando a un análisis conceptual de la documentación y del Consejo de Administración creado por los decembristas, muestra los esfuerzos de las autoridades de la campaña por dotar a la rebelión de legitimidad, institucionalidad y legalidad, lo que le permite definir a la rebelión como un movimiento político-social.

En el capítulo 7, “¡Mueran los enemigos de la organización nacional! Política y trincheras”, aunque centra su mirada en lo ocurrido en la ciudad, la autora mantiene la tónica de analizar los aspectos institucionales llevados adelante por las autoridades de la campaña. En este sentido, discute la clásica tesis que sostenía que los oficiales federales decembristas adscribieron al proyecto urquicista. Muy por el contrario, Barcos concluye que la presencia de Urquiza y el Congreso Constituyente provocaron tensiones al interior de la rebelión, mostrando con ello el carácter eminentemente bonaerense de la misma. Justamente, fue gracias a estas tensiones con las autoridades confederales que se explica el desgaste y progresivo desbande del Ejército Federal que sitiaba

la ciudad. Disolución final que, como bien manifiesta, no fue ni sorpresiva ni inmediata.

El capítulo 8, “¡Malvados, los traidores...! El fin de la rebelión”, aborda el final de la rebelión y del sitio, la disolución del Ejército Federal y las consecuencias de la derrota en los años subsiguientes. Si el soborno a la escuadra bloqueadora tuvo más relevancia simbólica que material –Barcos recuerda a lo largo del libro lo endeble del sitio y del bloqueo naval–, pondera más relevante las dificultades internas de los sitiadores que los factores exógenos. En efecto, y como señala, la desmoralización y la desertión –siempre presentes, nos recuerda– se aceleraron con el fin del bloqueo y el retorno de José María Flores a Buenos Aires –esta vez para defender a las autoridades de la ciudad–. Vencido el sitio, el final del capítulo observa los esfuerzos del gobierno bonaerense por recomponer su autoridad en la campaña, analizando las medidas represivas –que incluyen, por ejemplo, los juicios contra la mazorca años después–, los embargos y los mecanismos de vigilancia puestos en práctica. Al fin de cuentas, como señala la

autora, la rebelión fue ante todo un acontecimiento porteño.

Sin dudas, la obra de María Fernanda Barcos será pronto una lectura obligada para quienes procuren abordar la década de 1850, tanto para una historia más local, centrada en Buenos Aires, como por aquellos interesados en indagar sobre los problemas, conflictos y dificultades en la construcción del Estado nación en Argentina. Para el especialista del período en particular, la obra también es un ejemplo de todo lo que aún puede ofrecer este periodo en cuanto a revisitar y desmontar viejas interpretaciones. Del mismo modo, y de forma más amplia, el trabajo también resulta interesante historiográficamente al lograr sintetizar en un único trabajo a diferentes tradiciones y corrientes historiográficas no siempre dispuestas al diálogo entre ellas. Por estos motivos, el libro de María Fernanda Barcos *¡Virtuosos hijos...!* merece la lectura no solo de los especialistas en el siglo XIX rioplatense, sino también de todos aquellos que quieran encontrar un ejemplo de cómo se hace historia en la actualidad.

# *El asedio a la libertad: abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur*

Guzmán, Florencia y Ghidoli, María de Lourdes (Eds.) (2020).  
Buenos Aires: Biblos, 447 páginas.



Julio Djenderedjian

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET, Argentina.

Hacia el año 1890 servía en la gran casa porteña de Adolfo Bioy una criada llamada Victoria; cierta vez, en que se mostraba reacia a cumplir una tarea, la madre del autor le dijo, por vía de admonición: “De ahora en adelante te voy a pagar sueldo”. La aludida replicó angustiada: “¡Ah, no, señora, por favor, eso no!”, ya que percibir un salario hubiera significado expulsarla de la seguridad asimétrica de la relación familiar. Victoria figuraría años después en el testamento de sus patronos, recibiendo una pequeña extensión de campo.<sup>1</sup> Esa breve historia es significativa por varias razones, pero nos concentraremos sólo en su cruda evidencia de la muy tardía perduración de formas de relación laboral en las que los pagos en dinero no eran más que un suplemento adicional, una suerte de eventual recompensa a la fidelidad antes que el equivalente pesado y medido de una cierta cantidad de horas de trabajo. Y, desde ya, esa recompensa no se relacionaba con la compra de bienes de subsistencia o incluso ropas, puesto que los mismos eran provistos por el empleador, como lo había planteado Lanfranco Zacchia (1672: 5-11) en el ya entonces lejano siglo XVII. Es, así, el retrato de la perduración de un mundo de escasez y jerarquía donde, para muchos que vivían de sus manos, contar con bienes tan básicos como un simple camastro en una casa señorial era preferible a la incertidumbre y miseria del exterior. Un mundo sin espacios privados, de a menudo promiscua convivencia, en el cual el patrono regía hasta las dimensiones más íntimas y personales de las vidas de sus servidores.

Ese mundo había durante milenios cimentado la esclavitud, rodeándola de múltiples normas y costumbres destinadas a regular las complejas relaciones entre amos y

sujetos, buscando limitar y a la vez prolongar y extender ese dominio como parte del orden natural de las cosas. El proceso de ruptura y disgregación de ese antiguo ámbito de derechos desiguales fue, como es lógico, muy largo y muy difícil; y es justamente eso lo que retrata con maestría el conjunto de trabajos de investigación reunidos en este libro. Ruptura que fue, por lo demás, doble: no es ocioso recordar que las atávicas ataduras de los esclavos aprisionaban también a sus amos, y que la liberación involucró tanto a unos como a otros. Eso es lo que hace particularmente importante a la primera mitad del siglo XIX: si bien la prédica antiesclavista era para entonces antigua, los avances en la destrucción de ese viejo orden tuvieron un teatro de excepción en las convulsiones que comenzaron con la época revolucionaria, entre los últimos años del siglo XVIII y las frenéticas décadas iniciales de la centuria siguiente. Ante una declamada igualdad de derechos, y en ejércitos de dimensión nunca antes vista, plebeyos y esclavos adquirieron un nuevo rol en la historia: más aún, tomaron súbitamente conciencia de que la distancia que los separaba de sus amos era, de algún modo, una convención, y por tanto pasible de ser contestada. Pero sobre todo emerge del caos primordial de esos años la posibilidad de intervenir, tomar partido, y, por primera vez, hacerse oír, al menos no ya tan sólo con la rendida pleitesía en que se modulaban las respetuosas peticiones propias del Antiguo Régimen.

El libro compilado por Florencia Guzmán y María de Lourdes Ghidoli cubre con amplitud aspectos fundamentales de esos años de transformación: y es, ya desde el estudio preliminar de Raúl Fradkin y la presentación elaborada por las compiladoras, una imprescindible referencia, no sólo en el tema sino incluso para poder comprender cabalmente toda una época. La complejidad de las bases jurídicas (tejido principal del

<sup>1</sup> En Bioy, A. (1997: 13). Adolfo Bioy fue el padre del conocido escritor Adolfo Bioy Casares.



orden social) recoge necesariamente esas transformaciones y las tensiones profundas que generaron: entre ellas, la conciliación fundamental entre el proclamado respeto a la propiedad y el principio básico de la libertad individual. Si bien el estudio de Lucas Rebagliati se refiere específicamente a ese aspecto, el mismo en realidad recorre con amplitud varios o todos los demás trabajos. Es visible en particular el dilema en torno a cómo encuadrar a quienes ya no podían ser legalmente esclavos, pero tampoco eran ciudadanos libres: y esto, en esencia, tiene que ver con las prestaciones que aún se esperaba exigir de ellos. El término *liberto* es en buena medida un catalizador de esas contradicciones: revitalizado desde la profundidad medieval, el estudio de Paulina Alberto lo sitúa claramente en la transición entre ese mundo y el moderno, con todas las dimensiones humanas que implicaba. Quizá lo más característico en ese recorrido sea el obvio choque con el ámbito del trabajo, clave de bóveda de la relación de sujeción: desarmar la antigua distinción jerárquica y entrar en un mundo medido y compensado en dinero implicaba cambiar de raíz las formas mismas de la relación laboral, y aun mucho más que ellas. Y en esos tiempos revolucionarios, a la demanda privada se unía la insaciable voracidad de los gobiernos por reclutar soldados; si la milicia y el ejército significaban campos adecuados de discusión y aun de obtención de derechos, también fueron propicios para avasallarlos por parte de quienes todavía tenían en sus manos algún poder de decisión. Es lo que se ve muy claro en trabajos como los de Florencia Thul Charbonnier o Guido Cassano, que recrean la tensión permanente entre objetivos y marco legal de esclavos y ex esclavos, en medio de las urgencias de la guerra y de una economía que crecía a borbotones. Y esas oportunidades, aun cuando asediadas por la permanente presión dictada por la necesidad de mano de obra, se superponían al emergente balbuceo de una voz propia y de una identidad que ex esclavos, libertos y, en general, afrodescendientes, iban descubriendo y desarrollando, por sí o por interpósitas personas, en el emergente espacio de la opinión pública; o con la cual buscaban romper, de cualquier modo, los techos de cristal que viejas instituciones aún intentaban vanamente sostener, como lo muestran los estudios de Alex Borucki y Hugo Contreras Cruces.

Pero esas rupturas iban a la par de permanencias apenas evidentes, y por lo tanto más sólidas. Una de las principales paradojas, puesta en claro por Florencia Guzmán en su estudio sobre domesticidad, género y desigualdad, radica en el hecho de que, mientras para los varones esclavizados había puertas que se abrían a través de la manumisión militar o de la que la proclamada igualdad jurídica debía teóricamente garantizarles, para las mujeres esas mismas, y otras puertas, estaban sólidamente cerradas. En esa sociedad que seguía siendo jerárquica, los varones podían a veces jugar a la igualdad entre sí; las mujeres, ya fuera como amas de leche, cocineras o sirvientas, o a través de una legislación que determinaba la nueva categoría de liberto a partir de la esclavitud materna, quedaban a menudo atrapadas en una doble subordinación: como constructoras y garantes del mundo doméstico de quienes hubieran sido sus amos, y como instrumentos de la nueva obediencia de sus hijos a una situación jurídica que esperaba de ellos el mismo sometimiento de antaño, al menos hasta que alcanzaran la pubertad. Esa subordinación por el color se superponía entonces a otras propias de la época, para la cual era normal que sólo los hombres pudieran decidir por sí y por otros. Entonces, si el camino a la emancipación sería para los varones desde ya largo y difícil, para las mujeres habría de serlo mucho más: incluso en el umbral del siglo XX, su rol en el orden doméstico de familias ajenas continuaba plenamente en vigor. No es de extrañar entonces que ese rol se afanzara asimismo con una educación segmentada y de contenidos orientados a preservarlo, como lo demuestra el trabajo de María Agustina Barrachina, aun a pesar de las flagrantes contradicciones con las ideas que inspiraban la normativa abolicionista y los principios de igualdad y libertad.

Pero esa sujeción a lugares más sombríos que los frecuentados por sus antiguos amos, o aun que sus compañeros varones, se naturalizaba lógicamente a través de muchas otras formas. El estudio de Magdalena Candiotti sobre un raro manual para formar negros piadosos es un testimonio elocuente del largo y equivalente trayecto de valores y jerarquías, desde la Francia revolucionaria a la Buenos Aires rosista: ambas sociedades, que se habían atrevido a sacudir los cimientos de siglos de dominio político, seguían sin embargo atadas por las mismas concepciones paternalistas que habían dado

su perfil fundamental al antiguo régimen. No se trataba sólo de que las restauraciones subsiguientes a las revoluciones se hubieran vuelto hacia aquél para encontrarse y justificarse a sí mismas en el orden que intentaban reinstaurar: en realidad, esas concepciones nunca habían sido del todo abandonadas, por más perturbado que haya sido el antiguo régimen por quienes buscaban clausurarlo.

El estudio de caso elaborado por Fátima Valenzuela, que casi cierra el libro, constituye un adecuado balance del estado de situación al final del ciclo abolicionista, y en una provincia de rasgos políticos bastante sorprendentes, como lo es Corrientes. Allí, una serie sucesiva de medidas gubernamentales fue estableciendo límites progresivos a la esclavitud, hasta extinguirla legalmente, tal como ocurrió en muchos otros lugares. Pero si ese proceso se llevó a cabo, en un largo período de décadas, sin conflictos, reclamos ni compensaciones pagadas a los antiguos amos, fue porque en la realidad los cambios fueron mucho menos notables que en las leyes, o al menos que en los términos empleados en las mismas. Muchos antiguos esclavos permanecieron con sus amos; éstos a su muerte les legaron unos pocos bienes, o la misma libertad; los decretos gubernamentales la establecieron al promediar el siglo para quienes aún no la poseían (generando un interesantísimo corpus documental a partir de los testimonios de los esclavos

liberados); pero, sobre todo, aparecieron nuevas categorías (criado, sirviente) para condensar función y estado de las personas, las que se solaparon con las antiguas de raíz étnica o jurídica, y aun las reemplazaron, siendo muestra acabada de esa zona gris en la que se cruzaban las viejas jerarquías y desigualdades con la nueva legislación igualitaria. Ello ocurría en Corrientes hacia 1860; no puede así sorprender demasiado que, todavía al filo del nuevo siglo, en esa moderna ciudad de Buenos Aires en la que sonaban ya los primeros teléfonos, hubiera aún personas como Victoria, con cuya pequeña historia iniciamos estas páginas.

No hay duda de que el campo de estudios sobre africanos, afrodescendientes y esclavizados se ha desarrollado de manera espectacular en las últimas dos décadas, y este libro es de esos cambios un excelente testimonio; más importante quizá es que ese desarrollo nos ha obligado a repensar ideas aceptadas, y a mirar con otros ojos las permanencias y continuidades en el panorama radicalmente transformador del largo siglo XIX.

### Bibliografía

- » Bioy, A. (1997). *Antes del novecientos*. Buenos Aires: Guías de Estudio Ediciones.
- » Zacchia, L. (1672). *De Salario seu operariorum mercede*. Roma: Lupardi.

# Un golpe decisivo. La dictadura de 1943 y el lugar de Juan Domingo Perón

Lida, Miranda y López, Ignacio (Comps.) (2023).  
Buenos Aires: EDHASA, 280 páginas.



Aníbal Jáuregui

Instituto Interdisciplinario de Economía Política, UBA-CONICET, Argentina.

Revisitar acontecimientos reconocidos por su trascendencia es una necesidad no solo de la comunidad de historiadores sino de la propia consciencia colectiva de una sociedad que se repregunta acerca de condicionantes que del pasado nos alcanzan. En el entendimiento de la historia como presente, la mirada del estudioso se ha concentrado normalmente en las estructuras de larga duración, donde el corto plazo se diluye en un conjunto impreciso de procesos.

El libro que comentamos acomete justamente la tarea de debatir acerca de un acontecimiento temporalmente acotado que el peronismo se adjudicó como prehistoria. Esa narrativa de los “orígenes” consideraba al golpe militar que puso fin a la denominada “Década Infame” como la expresión del pueblo silenciado por las prácticas antidemocráticas del régimen neoconservador. Se propone entonces el saludable ejercicio de revisar crítica y corralmente esa tradición. *Un golpe decisivo...* echa luz sobre la historia del régimen nacido el 4 de junio cuyo recorrido estuvo lejos de la linealidad. Busca poner en evidencia que el 17 de octubre de 1945 no estaba contenido en el 4 de junio; fue el resultado contingente de la acción de protagonistas que fueron entrando y saliendo de la primera plana, en una “dinámica vertiginosa”.

Señalemos en principio lo que se llama el “clima de época”. El liberalismo ha pronunciado su declinación en todas partes y la Argentina no es la excepción. Realizado el pronunciamiento el 4 de junio, sin “programa claro ni liderazgo definido”, se superponen una multiplicidad de objetivos. Confusión y perplejidad definían el momento. Pero, los militares junianos supieron de a poco constituir una “agenda común”, orientada hacia la acción social, que incorporaba el autoritarismo como método y el nacional-catolicismo como ideología.

Ese camino se advierte claramente en el terreno educativo; el ministro Gustavo Martínez Zuviría emprendió un programa *regeneracionista* que entre otros aspectos incluía la educación religiosa obligatoria. Ese programa pudo avanzar con cierta facilidad en las ramas de la educación básica, pero encontró una fuerte resistencia en las aulas universitarias por parte del reformismo. También rechazaban la gestión gubernamental figuras de extracción conservadora que ya eran parte de la burocracia académica. Como señalan Buchbinder y Graciano, el conflicto por la administración de las universidades públicas enfrentaba a dos sectores de la burocracia y eso explica en buena medida las dificultades que tuvieron los gobernantes en aplicar su plan.

A diferencia de lo que sucedería en otros gobiernos autoritarios de la época, el régimen de 1943, aunque contó con el apoyo de civiles, tuvo su columna principal en el Ejército. El rol decisivo de los uniformados, como aclara I. López, los convirtió en los grandes protagonistas, aunque la división entre ellos fue marcada. La politización y la facciosidad militar convirtió al Ministerio de Guerra en el instrumento clave de la gobernabilidad, aliadas a la tradición presidencialista de la cultura política argentina. No en vano, Ramírez, Farrell y Perón fueron ministros de Guerras antes que presidentes.

Mal se podría entender la encrucijada política si no reparamos en las dificultades de la coyuntura económica, atravesada como estaba por la Gran Crisis, la Depresión y la Segunda Guerra. La anormalidad en los mercados internacionales que describen Bragoni y Olguín abría la puerta a la promoción industrialista que diversificara las fuentes de creación de riqueza, siguiendo la política denominada de Sustitución de Importaciones que describe con detalles el capítulo de Belini.



En medio del proceso de transformación económica, la Iglesia sería en buena medida la encargada de la provisión de consensos simbólicos en los que se podía sostener un proyecto político. El nuevo gobierno fue concebido por los distintos estamentos eclesíásticos, según nos muestra M. Lida, como una oportunidad para poner en práctica su ideario de regeneración social, con extensión de las leyes sociales e implantación de la educación religiosa. El nuevo elenco gobernante era consciente de que la primera parte de ese programa requería de una aceptación que no podía bajar de arriba hacia abajo. La búsqueda de consensos en los sectores obreros, que partía de Perón y la Secretaría de Trabajo y Previsión terminó generando cierta disconformidad en la Iglesia que, más allá de la heterogeneidad interna, veía que Perón con el objetivo de contener la conflictividad social, la propiciaba. Si bien la candidatura de Perón en febrero de 1946 fue acompañada por la Iglesia, no terminaba de satisfacerla, más allá de compartir con el exitoso coronel el “Mito de la Nación Católica”. P. Canavesi describe minuciosamente la compleja ingeniería implementada por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión en la construcción de los mecanismos de regulación del trabajo y del nacimiento de un nuevo tipo de organización obrera que se consolidaría con el tiempo.

La política laboral disparó una confrontación en torno a la cual se estructuró una institucionalidad argentina por décadas. Esta estaba conformada por el eje establecido por los nuevos gobernantes con los partidos políticos, como consigna el capítulo escrito por Ragnó y López. Aunque los vínculos iniciales entre la Dictadura y las corporaciones políticas no fueron escasos, entraron en un cono de sombra a raíz del decreto de prohibición de los partidos. Con todo, desde el oficialismo se

mantuvieron contactos con distintos sectores y dirigentes políticos. Especialmente con el sabattinismo cordobés, pero también con otros sectores conservadores, socialistas e incluso comunistas. El capítulo sobre el Partido Comunista escrito por H. Camarero, muestra su situación única por sus definiciones ideológicas y por sus vínculos con la Unión Soviética. A finales del neoconservadurismo, se había incrementado del sesgo represivo sufrido a través de la Sección Especial de Represión al Comunismo. Ello explica que hubiera un momento de expectativas positivas iniciales que se desmoronaron pronto y el PCA pasó a ser la primera agrupación política que habló del “nazi-fascismo del GOU”. Esta orientación también se anclaba en la amenaza que las políticas públicas significaban sobre las posiciones destacadas que el comunismo había conquistado en la clase obrera. La conducción partidaria, en manos de Codovilla y Ghioldi, derivó su oposición a la Dictadura hacia la configuración de una alianza fuertemente opositora, dentro de la lógica de los Frentes Populares, cuyo soporte radicaba en gran medida en el rechazo a la neutralidad bélica. Esta orientación como se sabe terminó en la Unión Democrática que buscó unir a todo el arco opositor en una operación a la postre frustrada. Fue un momento de exacerbación de la confrontación política e ideológica.

Finalmente, como síntesis, esta experiencia editorial introduce un mosaico de temas y problemas para describir la singular coyuntura política argentina de 1943/1945 que fue muy fértil en las etapas subsiguientes de la vida nacional. Su originalidad radica en que busca contar el ascenso de Perón sin tomarlo como principal referencia de su historia, una forma de reconocer que ese peronismo fue mucho más que la hazaña de su creador.

## *En imperfecta comunión. Iglesia y peronismo en Tucumán, 1943-1955*

Santos Lepera, Lucía (2023).  
Rosario: Prohistoria, 272 páginas.



María Elena Barral

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET, Argentina.

*En imperfecta comunión Iglesia y peronismo en Tucumán, 1943-1955* es el resultado de una investigación doctoral que, a su vez, se inscribe en diferentes procesos de renovación historiográfica, entre los cuales merecen resaltarse los estudios de historia social y económica sobre Tucumán, las investigaciones sobre el peronismo y las dedicadas a analizar el catolicismo. Se trata de un libro en el cual su autora, Lucía Santos Lepera, eligió un camino estratégico y trabajoso: situar sus preguntas en el cruce de campos temáticos que no siempre dialogan entre sí. El resultado de estas decisiones fue la producción de un conocimiento histórico sólido y relevante para un tema central de la historia argentina.

Santos Lepera se ha sumergido en cada uno de estos campos temáticos, en sus discusiones y en sus categorías y lenguajes específicos para dar cuenta del repertorio de interpretaciones disponibles, en especial sobre el catolicismo y su relación con el peronismo en Tucumán. En gran medida, su aporte reside en identificar la complejidad institucional que encierra el mundo católico y de elegir –y analizar en profundidad– segmentos específicos de esa red y sus vínculos con diversos sujetos sociales, políticos y culturales. El escenario, habitado por curas, obispos, sindicalistas y empresarios y trabajadores de la industria azucarera permite recuperar el impacto de la irrupción del peronismo en la Iglesia católica, las tensiones entre curas, obispos, laicos y laicas a que esta dio lugar y el modo en que se tramitaron en la diócesis tucumana.

Para ello la autora examinó en profundidad las interacciones entre las experiencias religiosas y las que tuvieron lugar en otros ámbitos de la actividad social. Pero como paso previo, y debido a la escasez de trabajos precedentes sobre el mundo católico, realizó una reconstrucción

muy precisa y detallada de las representaciones y las prácticas religiosas y un análisis de sus espacios, personal e instituciones. Y aquí fue necesario reconstruir la red parroquial, conocer las características del clero, su formación, sus perfiles, los de los obispos, las líneas de acción que ellos privilegiaron y hasta la concepción eclesiológica y política que atravesaban sus gestiones.

El libro se mueve entre distintas escalas de análisis y construye un enfoque que, desde el ámbito provincial/diocesano –y privilegiando el papel de determinadas instituciones, estructuras y autoridades religiosas y seculares–, proporciona claves de análisis de gran potencia explicativa para los estudios sobre el peronismo y sus relaciones con la Iglesia católica. En estas diferentes escalas, toma en cuenta sujetos e instituciones de enorme trascendencia, que son, a su vez, jurisdicciones eclesiales y religiosas. Entre ellas, la dimensión parroquial es la más explícitamente trabajada aunque la del obispado se encuentra muy presente y hay un registro de lectura posible del libro en términos de políticas diocesanas.

El análisis en torno al papel de los párrocos, de su autonomía y de sus condicionamientos recupera los aportes de la historiografía americanista de periodos previos, como también recobra los aspectos cotidianos y locales de las construcciones estatales y de las formas de conflictividad. Este modo de analizar el problema cambia la imagen de una Iglesia que en otros enfoques parece imbatible y “superpoderosa” (la jerarquía eclesial denomina y explica en sí misma), donde el principio de autoridad que pareciera guiar las relaciones entre los obispos y los párrocos se supone de absoluta obediencia y donde la relación con las instituciones civiles siempre es de confrontación.



Todos estos análisis fueron posibles a partir de la reunión —y luego, el estudio, crítica y reflexión— de un conjunto de fuentes diversas provenientes de diferentes archivos privados y públicos, nacionales, provinciales y locales, laicos y eclesiásticos. A esta profusa documentación inédita deben sumarse fuentes orales provenientes de entrevistas realizadas especialmente para esta investigación así como fuentes editadas.

El libro se organiza en cinco capítulos —precedidos por una introducción y coronados por las conclusiones— en los cuales es posible reconocer una periodización de los vínculos entre catolicismo y peronismo en Tucumán. La forma de titular a cada uno de ellos, como se verá, encierra los principales problemas que la autora identificó en cada uno de estos momentos. En la introducción se presenta de manera muy clara y precisa los puntos de observación escogidos en el cruce de las historiografías que la autora puso a dialogar entre sí y frente a los cuales el libro realiza diferentes procedimientos de inscripción, filiación y de crítica.

El primer capítulo, “Alcances de la consolidación institucional de la Iglesia (1930-1943)”, realiza una reconstrucción detallada del crecimiento de la Iglesia diocesana, de su clero, del movimiento laico (Acción Católica Tucumana y el Secretariado Económico Social) y de la prensa católica que se acompaña con otras iniciativas como la reunión del 2do sínodo diocesano y otras —menos exitosas— como la de construir un sindicalismo católico. Aquí resalta la figura de Agustín Barrere, obispo entre 1930 y 1952, quien gestionó el financiamiento del clero parroquial, a través de sus vínculos con el empresariado azucarero. El segundo capítulo (“Tensiones y alineamientos frente a la irrupción del peronismo, 1943-1946”) aborda el modo en que la Iglesia católica tucumana transitó estos años de cambios políticos a través de la compleja relación mantenida con el gobernador Alberto Baldrich, de impronta nacionalista y autoritaria, y de la crisis abierta entre la militancia laica y la cúpula eclesiástica.

En el capítulo tercero, “El campo de colaboración (1946-1952)”, se analiza el robustecimiento del sostén material a la Iglesia y ampliación de la red institucional en la que se apoyó el peronismo. A nivel de las parroquias, sobresale la descripción de las formas de intervención a

nivel de los curas en su búsqueda para obtener recursos, su autonomía respecto del obispo, así como la relación directa que establecen con los funcionarios gubernamentales, legisladores y autoridades políticas locales.

En el cuarto capítulo, “Entre la autoridad eclesiástica y el poder local: los curas párrocos” puede verse cómo el ministerio parroquial gana densidad y complejidad por la interacción con nuevos actores (sindicatos o unidades básicas). Aquí los párrocos construyen sus fidelidades múltiples y determinados momentos, como la muerte de Eva Perón, ponen a prueba estas lealtades y las jerarquizan. Al mismo tiempo, los gestos que tuvieron lugar el 26 de julio de 1952, y en los días previos y los sucesivos, son estudiados en el marco de tradiciones religiosas de larga data y se los asocia con expresiones piadosas más cotidianas (y por lo tanto menos visibles) que en estos contextos se amplifican de modo notable.

En el último capítulo, “Tensiones y rupturas (1953-1955)”, se presenta un procedimiento si se quiere más clásico de la historiografía política, aunque indispensable, en el sentido de considerar la deriva de las relaciones entre Iglesia diocesana y el gobierno provincial en los últimos años peronistas para compararla con otras experiencias. A diferencia de lo que sucedía en Córdoba o en Buenos Aires, en Tucumán no se registró un deterioro de las relaciones, ni violencia o enfrentamiento abierto hasta 1955. El tipo de explicación que la autora proporciona la lleva nuevamente a analizar algunos procesos específicos del mundo católico: el perfil del nuevo obispo, su política pastoral o sus concepciones eclesiológicas que otorgan más espacio de acción de los párrocos. Las consecuencias de esta nueva configuración pueden verse en la naturaleza de las reacciones de la Iglesia cuando el conflicto sí se hizo manifiesto a comienzos de 1955 con la intervención federal.

Las conclusiones ofrecen una síntesis de los vínculos entre poder político y poder religioso y refuerzan la originalidad de un enfoque situado que incorporó el estudio sistemático del laicado de la Acción Católica Tucumana junto al clero parroquial.

*En imperfecta comunión* es un libro que pone el foco en el examen de relaciones: entre curas párrocos y la

jerarquía eclesiástica; entre los obispos y la Acción Católica; entre esos mismos prelados y los gobiernos provinciales, los sindicatos o los empresarios azucareros. Este libro es mucho más que un “caso regional” a partir del

cual se definen las diferencias respecto a otros estudios. Es un modo de aproximación que combina escalas diversas y sus conclusiones iluminan el problema general de las relaciones entre la Iglesia y el peronismo.

# *Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*

Gayol, Sandra (2023).  
Buenos Aires: FCE, 336 páginas.



María José Valdez

Facultad de Filosofía y Letras, UBA. PEHESA - Instituto de Historia Argentina y Americana  
“Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET, Argentina.

*Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista* es la última obra de Sandra Gayol. Publicado en 2023, el libro centra su análisis en un evento siempre estudiado por sus consecuencias políticas, pero no en su propia especificidad: la agonía y muerte de Eva Perón.

La autora enmarca la narración de los acontecimientos en un campo de estudio en franco crecimiento en estas latitudes: el de la historia de las emociones. Para ello, y luego de un breve recorrido historiográfico sobre los jalones más significativos relativos al campo, Gayol recurre a dos nociones –comunidad emocional y régimen emocional– que se constituyen en claves que la autora brinda al lector, aún con los reparos que señala en relación con su utilización. Si la noción de “comunidad emocional” refiere a la manera en que se entienden los procesos de homogeneización en la construcción de una emocionalidad política colectiva, el de “régimen emocional” remite a las normas del sentir vigentes en un momento específico, que se intentan imponer y se esperan desde el poder.

A partir de esta conceptualización, la autora coloca el deceso de la primera dama en el foco de atención, lo que le permite recuperar la manera en que este suceso operó para constituir al peronismo como comunidad emocional específica. De hecho, afirma que la existencia previa de algunas disposiciones emocionales en la discursividad peronista (asociadas a palabras clave reflejo de emociones como felicidad, amor, sacrificio y dolor) y expresadas a través de palabras e imágenes, se consolidaron con la enfermedad y la posterior muerte de Eva Perón. Este proceso de construcción de sentidos se produjo con un ida y vuelta entre discursos y disposiciones gubernamentales, entre apropiaciones y aportes

populares, entre oficialistas y opositores –quienes no quedaron por fuera de la corriente emocional que atravesó socialmente al país–.

Estas premisas son las que le permiten a Gayol organizar su relato a lo largo de seis capítulos. Si en los dos primeros el núcleo argumental se posa en la cuestión referida a la enfermedad y la agonía de Eva Perón, los dos que le siguen se concentran en las diferentes aristas del rito fúnebre, mientras el quinto y el sexto analizan tanto las normativas sociales vigentes sobre el dolor y las formas en que diversos sectores opositores relataron y describieron el funeral de Estado. En cada uno de ellos la autora parte de preguntas disparadoras y recurre a una multiplicidad variopinta de fuentes para reconstruir el universo social, cultural y político del momento.

En el primer capítulo, *Una pérdida eterna...* reconstruye la manera en que el tratamiento público de la enfermedad de Eva Perón contribuyó a la configuración de una comunidad política y emocional particular. Desde el momento en que las noticias sobre los padecimientos de la primera dama fueron imposibles de ocultar, las novedades sobre su estado de salud se entrelazaron con diferentes formas de movilización ciudadana. En lo que refiere a las noticias, la principal manera en que se comunicaron fue a través de los boletines médicos elaborados por la Subsecretaría de Informaciones. La autora los analiza, considerando no solo su escueto contenido sino también cómo, a través de un lenguaje técnico, se intentó ordenar la información oficial sobre el estado de salud de Eva. Al mismo tiempo, da cuenta de las movilizaciones que acompañaron la evolución de la enfermedad y que se plasmaron en misas y peregrinaciones coordinadas por diversas entidades estatales de diferente nivel (nacional, provincial y municipal) y por



las distintas organizaciones partidarias –que competían por su presencia en el espacio público–. En ese sentido, el sacrificio peregrino se perfilaba como la contracara del sacrificio de la primera dama. Al mismo tiempo, y dado que las noticias sobre la salud de Eva Perón se difundían en un contexto político particular –marcado por el intento de golpe de Estado y por la campaña electoral presidencial–, la enfermedad operó, por un lado, como argumento para la descalificación de aquellos que pretendían derribar al gobierno; por el otro lado, como factor influyente en la decisión de suspender los actos proselitistas, dada la necesidad de refugiarse “en la fe”.

El capítulo dos analiza la manera en que se elaboró el martirio de Eva Perón y su interacción con el saber público sobre su enfermedad. Desde la mirada de Gayol, la primera dama fue quien lideró la política de las emociones durante el peronismo, apelando al uso de recursos lingüísticos y extralingüísticos y a la mención (en sus discursos) de sentimientos como el amor, la felicidad, el dolor y el sacrificio. En este sentido, sostiene Gayol, Eva Perón enlazó el amor romántico con el discurso político, colocando en un pie de igualdad el amor a Perón con el amor al pueblo. Pero también cobró importancia en su oratoria la mención al dolor. Esto se produjo en paralelo a la reversión del ciclo económico y, por lo tanto, a la aparición de dificultades materiales tangibles para sus partidarios. Así, la alusión al sacrificio cobró un nuevo significado; en paralelo, la manifestación pública del deterioro de su salud –percibido en los discursos radiales a través de la debilidad de su voz– puso en evidencia el dolor en el cuerpo mismo de Eva. De esta forma, en el sacrificio doloroso de la “jefa espiritual de la nación” se evidencia no solo su dolor corpóreo sino el dolor y el sacrificio político de su pueblo.

En el tercer capítulo la autora, a través de fuentes periodísticas locales, nacionales y extranjeras, revistas partidarias, disposiciones oficiales y entrevistas a asistentes reconstruye el período entre el comienzo de los rumores sobre el deceso de Eva Perón y la inhumación de su cuerpo. Gayol afirma que los rituales por la muerte de Eva deben ser analizados en relación con otros funerales de Estado desplegados previamente, pero también en vinculación con festividades peronistas como el 1 de mayo y el 17 de octubre, así como en el contexto de la situación política. A través de un relato minucioso y rico en

descripciones, se hace foco en aspectos simbólicos, en prácticas sociales y emocionales específicas, en el aspecto dramático de los eventos que se sucedieron en todo el país, pero en especial en la capital de la República. En la narración de los sucesos, es interesante la manera en que el libro recupera no solo la movilización que el ritual supuso (en cuanto al número de asistentes, la marcha de antorchas, etc.) sino también otros aspectos poco imaginados como la dimensión olfativa del evento, a través de las innumerable cantidad de coronas de flores, o el lugar de las mujeres, a través de la presencia de las enfermeras en la capilla ardiente o custodiando el féretro en el cortejo fúnebre. Pero además, la autora resalta cómo todo el ritual mortuario pretende mostrar una sociedad ordenada y jerárquica detrás de Juan D. Perón y la integración –bajo su liderazgo– de Ejército, pueblo y gobierno.

¿Cómo fue la elaboración narrativa de la muerte de Eva Perón? ¿De qué manera quienes sufrieron su desaparición física manifestaron su dolor de forma escrita hacia los deudos? Estas preguntas guían las preocupaciones de los capítulos 4 y 5. En relación con la narración de los acontecimientos, Gayol toma como fuentes al diario oficialista *Democracia* y dos mediotrajados elaborados como homenajes póstumos. En el periódico, el dolor por la pérdida de Eva es permanentemente adjetivado, pero además se extiende –supuestamente– a todos, en una operación literaria que no logra advertir las tensiones que implica la imposición social que ciertos rituales generan. Al mismo tiempo, los mediotrajados encargados por la Subsecretaría de Informaciones expresan, por un lado, las emociones apelando a primeros planos, al silencio o al llanto; por el otro lado –y sobre todo en el encargado al director cinematográfico de los estudios Fox– resaltan la figura de Perón, por lo que la muerte de Eva funciona como escenificación y consagración del poder presidencial.

El quinto capítulo estudia los telegramas, cartas y tarjetas de pésame dirigidos al presidente Perón, objetos que se inscriben en una práctica mortuoria y política previa. A través de ellos, la autora indaga sobre las formas en las cuales quienes redactaron intentaron dar sentido a un evento histórico crucial, a través de un conjunto de frases acordes a las normas sociales vigentes. Nuevamente aparece la referencia emotiva al dolor, al dolor

peronista, a las lágrimas, al sentir del “pueblo”, a la pérdida que supone la desaparición física de la primera dama. Pero además, interesa la manera en que la autora explica la operatividad de la escritura para realizar calificaciones morales sobre las expresiones afectivas de otros en una coyuntura política particular.

El último capítulo estudia cómo la oposición política observó y vivió la muerte de Eva Perón. Así, el análisis de los diagnósticos, las valoraciones y las tensiones alrededor de la enfermedad, la agonía y muerte y el posterior velatorio de Eva operaron como instrumento para extender una calificación general sobre el peronismo. Los sentimientos y emociones transmitidos en los textos de los opositores revelan críticas a las maneras utilizadas

desde el gobierno para imponer la práctica social del luto y la práctica ritual del llanto, a partir del análisis de la figura de la llorona. Por último, la autora manifiesta que la mirada construida por la oposición hizo aflorar la emoción social y política del resentimiento.

A través de *Una pérdida eterna...*, Sandra Gayol ahonda en la temática del duelo (ya transitada a lo largo de su obra) e introduce en los siempre amplios y heterogéneos estudios sobre el peronismo un nuevo y estimulante campo historiográfico como lo es el de la historia de las emociones. En este sentido, la obra reseñada se convertirá sin lugar a dudas en referencia y punta de lanza para este tipo de estudios.

# Museos y comunidades en la Patagonia argentina. Representaciones y relatos históricos entre pérdidas y encuentros

Di Liscia, María Silvia (Ed.) (2022).  
Rosario: Prohistoria, 252 páginas.



Cecilia Simón

Departamento de Humanidades. Universidad Nacional del Sur, Argentina.

¿Otro libro de museos? ¿Los museos para qué? ¿De quiénes y para quiénes son los museos? ¿Y las cosas que alojan o las historias que narran? María Silvia Di Liscia, la editora de la compilación de trabajos que lleva por título *Museos y comunidades en la Patagonia argentina. Representaciones y relatos históricos entre pérdidas y encuentros*, así como la especialista que lo prologa, Mirta Zaida Lobato, formulan aquellas preguntas que giran sobre el sentido de los museos para presentar un tema que mantiene vigencia.

La trascendencia de la temática y de los museos descriptos en los doce capítulos reside en aquello que estos espacios son, representan y sostienen a pesar de llevar muchas décadas de existencia, a veces con magros presupuestos y múltiples tensiones. También destaca que estos espacios no son pensados en abstracto, sino en torno a la comunidad, como una categoría epistémica que se instala en el campo de las ciencias sociales, las humanidades y las artes para recordarnos que las otrora Instituciones hoy son espacios, prácticas y dispositivos. Es un libro con una perspectiva temporal y espacial amplia, desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días, dentro del vasto territorio de la Patagonia. Las autoras, que en su mayoría son mujeres, tienen formaciones y trayectorias diversas. Son estudiantes, graduadas, doctoras, especialistas, artistas, directoras de museos y miembros de comunidades indígenas. Muchas de ellas están vinculadas con las actividades académicas, de investigación y de enseñanza universitaria, aunque también con la gestión y la curaduría de estos espacios.

En el libro, los capítulos se organizan en dos partes: *Reflexiones y casos* y *Experiencias con museos*, con un pequeño desbalance a favor de la primera por la cantidad de propuestas. La introducción escrita por la editora

presenta los estudios sobre museos y las propuestas de la museografía desde una perspectiva histórica. Cierra ese derrotero de políticas culturales, reflexiones filosóficas y tensiones sobre la representación de la otredad con el estado de las cosas en la posmodernidad, un eterno presente en el que los museos parecieran no tener mucho para decir y, sin embargo, en cada capítulo se recuerda que, a fuerza de tracción de las comunidades y su empoderamiento en la construcción de nuevos relatos históricos, significación de su materialidad y propiciamiento de ejercicios de memoria, se tramitan nuevas propuestas museográficas y, por lo tanto, nuevas perspectivas de análisis.

En la primera parte del libro las reflexiones son históricas e incluyen estudios en la provincia de La Pampa, pero también Buenos Aires, Río Negro y Salta. El primer capítulo, escrito por Marisa González de Oleaga, hace un *racconto* comparativo de la otredad y las nociones de memoria, silencios y orígenes en los museos de América en Madrid, de Sitio de Alta Montaña en Salta y el Sitio de memoria de la Ex Esmá. Los tres capítulos siguientes dialogan entre sí al proponer una lectura histórica sobre el desarrollo de las prácticas museográficas. María Elida Blasco aborda la museología y la museografía histórica en la Argentina hacia finales 1960 y comienzos de 1970, desentrañando las contradicciones y tensiones entre innovación, vanguardia y nuevos medios audiovisuales frente a las tradiciones de las elites locales y el uso político del pasado. Luego, María Alejandra Pupio escribe sobre la historia de los vínculos entre profesionales y amateurs a partir del análisis de las prácticas en los museos de arqueología de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX. En el proceso de profesionalización, aficionados sería una categoría necesaria para la existencia de una disciplina cada vez más técnica



e internacional. En el capítulo siguiente, a cargo de Giulietta Piantoni, se estudian las redes de aficionados y la conformación de una comunidad de practicantes a partir del trabajo minucioso con archivos “estallados”, lo que implica lecturas y relaciones, creativas e indiciarias, entre los documentos no lineales.

Los siguientes capítulos de esta sección avanzan en el tiempo y se concentran en la provincia de La Pampa. Mirta Zink y Stella Cornelis toman nota de las acciones implementadas por el área de museos de La Pampa desde el retorno de la democracia y hasta 2015. Trabajan con documentos de archivos, material periodístico y entrevistas a los responsables de esos espacios, destacando la importancia de estas investigaciones para el desarrollo de políticas públicas en función de sus necesidades y demandas. Claudia Baudaux, en el capítulo siguiente, recopila la historia del Museo del Castillo del Parque Luro, su propuesta museística, los relatos y los recorridos generados dentro de la reserva natural. Allí se pondera una historia del siglo XIX sin conflictos o tensiones, totalmente desligada del genocidio indígena asociado a sus orígenes. Esta primera parte del libro cierra con el análisis de dos museos regionales a través de entrevistas y estudios de salas: María Agustina Gareis y Anamaria Macedo abordan las narrativas de los museos municipales de Alpachiri y Miguel Riglos, indagando en la organización institucional y el impacto que estos espacios tienen en sus comunidades. Finalmente, en el capítulo escrito por María Silvia Di Liscia, se analiza la exhibición del museo de la localidad de Toay, para develar el pasado que se narra y las tensiones que se silencian.

La segunda parte del libro expone las experiencias desarrolladas en algunos museos de La Pampa, describiendo diferentes propuestas de la museografía comunitaria. María Agustina Gareis y María Silvia Di Liscia presentan el caso del museo de la Comunidad de Winifreda, a través de la entrevista a su gestora, Claudia Patricia Visbeek.

De su relato se desprenden cuestiones asociadas a la toma de decisiones, el manejo de bajos presupuestos y la importancia del compromiso de la comunidad en la producción de historias pequeñas sobre la vida cotidiana del pueblo. En el capítulo siguiente, Gabriel Miremont aborda la propuesta de un museo biográfico en torno al dirigente político del Partido Justicialista Rubén Hugo Marín. El uso de la casa familiar, de la clase trabajadora que representa su partido y la vida de quien fuera gobernador de la provincia dialogan con la comunidad del pueblo Trenel, la historia de esa localidad y de la vida política y social argentina. En el capítulo siguiente, Daniel Pincén cuenta las experiencias en el Museo Provincial de Historia Natural, su historia, las transformaciones en el tiempo y el vínculo de aquellas colecciones con las prácticas del naturalismo. A partir de la muestra permanente del 2022, el autor articula nuevos diálogos y relaciones entre las nociones de naturaleza y cultura, que incluye la revisión de los vínculos históricos y de la participación de las comunidades indígenas y su cosmovisión. En el último capítulo del libro, Daniela Rodi trabaja con las experiencias educativas de tres museos de Red de Museos de La Pampa: el Museo Provincial de Artes, el Museo Provincial de Historia Natural, ambos situados en Santa Rosa; y la Casa Museo Olga Orozco en Toay. Cada caso es una apuesta a imaginar herramientas y proponer acciones para democratizar estos espacios y saberes.

La virtud de un libro tan diverso estriba en abordar experiencias concretas de los museos en la provincia de La Pampa e historizar las prácticas de otros en la Argentina. El desafío quedará en migrar los casos locales a estudios de escala nacional o supranacional, a través del fomento de redes y vínculos entre profesionales y comunidades. Narrar la historia es reflexionar e instalar una lectura crítica sobre el pasado, allí donde las propuestas *museales* puedan abrirse o ser de las comunidades. Un tema pendiente que el siglo XXI y las experiencias locales parecen tener bien presente en algunos de los casos reseñados.